

El niño que comía lana

Cristina Sánchez-Andrade

El niño  
que comía lana



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Ilustración:* [cargocollective.com/davascully](http://cargocollective.com/davascully)

*Primera edición:* octubre 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Cristina Sánchez-Andrade Potter, 2019  
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9887-3  
Depósito Legal: B. 20387-2019

Printed in Spain

Black Print CPI Ibérica, S. L., Torre Bovera, 19-25  
08740 Sant Andreu de la Barca

*Para Galicia y los gallegos que «se acomodan en todos los climas, pero que no dejan de soñar con la pequeña patria lejana, verdes campos bajo la lluvia».*

*Eiquí, entre istes homes pequeniños,  
penso na patria, e síntome un xigante.  
Penso en Galicia e vexo un lume aceso  
nás pálpebras azúes da paisaxe.  
Vexo a mañá pechada sobre os boscos  
sulagados no mar. escoito as voces  
misteriosas das nais cantando tristes  
cántigas que cheiran a mazás nas arcas.  
Digo Galicia e sinto un arrepío  
unha esperanza ergueita,  
unha ferida  
que non estiña nunca.*

CELSE EMILIO FERREIRO,  
*Viaxe ao país dos ananos*

Mi padre sueña,  
rendido por el cansancio,  
que vuelve a su tierra y planta sus piernas  
[y le crecen pies jóvenes  
y la savia de su tierra negra le alivia  
[el dolor de las arrugas  
y resucita sus cabellos muertos.

MIRIAM REYES, *Espejo negro*

## MANUELA DAS FONTES

Las diez de la mañana y ya olía a aceras fregadas y a sopa de fideos. Manuela das Fontes llevaba un sombrero de paja con un ramillete de violetas, una falda con corpiño y zapatos de tacón. Caminaba con paso rápido, en dirección a la Oficina de Contratación de Amas, con un perrito bajo el sobaco y una cesta de mimbre colgando de un brazo. Estaba gorda y bien alimentada; era aseada, robusta y joven.

Mientras caminaba se iba diciendo todo eso, y también que tenía materia prima de primera calidad. Eso era lo importante. Se introdujo la mano dentro del corpiño y se palpó un pecho duro como una bola de granizo. De su cuerpo ascendió un efluvio a pelo de animal mojado que la repugnó. El perrito, que pensó que le hacían un mimo, meneó el rabo y ladró dos veces. Ella le pegó en el hocico.

La Oficina de Contratación de Amas estaba en uno de los edificios de la calle Real, cerca de los talleres en donde había aprendido a coser con la Singer. No tuvo que buscar mucho porque desde lejos vio una fila larga de mujeres jóvenes. ¡Qué feas y corrientuchas le parecieron todas! Una chica delgada y más bien poquita cosa, vestida con

una falda gris y una camisa blanca, le dio la vez, no sin antes examinarla de arriba abajo. Manuela se colocó al final de la cola y dejó al perrito en el suelo.

Era un perro pequeño sin raza, color crema, con ojos marrones saltones y orejas puntiagudas. Al sentir el frío y la humedad del suelo, comenzó a girar sobre sí mismo y a ladrar en un arrebato de desesperación.

—¡No te pongas rabudo! —dijo ella propinándole un puntapié que lo levantó del suelo y lo lanzó un metro más allá.

Las otras chicas miraron de reojo y Manuela aprovechó para inspeccionarlas. Mal vestidas, vulgares y feas. No había ninguna tan elegante ni tan abundante en carnes como ella. Para ultramar solo cogían a las que estaban bien alimentadas, le habían dicho. Se tiró del corpiño hacia abajo, se colocó los pechos, que ya le empezaban a molestar, volvió a tomar al perro y dijo en alto:

—Yo estoy aquí por mis hijos. Ellos son lo principal.

La chica delgada no contestó, pero sí otra mujer grandona, con varios dientes de menos, que estaba dos puestos más adelante y que ni siquiera se giró para hablar:

—Ay, santiña, todas venimos por nuestros hijos. ¿Qué te crees, que estamos aquí por placer?

La cola avanzó rápida y Manuela enseguida pasó al interior del edificio. La sala de espera estaba abarrotada de mujeres con sus hijos, algunas sentadas dando el pecho, otras de pie meciendo los carricoches. Al ver al perro, los niños mayores, aburridos por la espera, se lanzaron sobre el animal. Lo acariciaban, le tiraban del rabo y lo cogían en brazos. Mientras, el perrito no dejaba de aullar.

—¡Dejad ya al pobre can, oh! —gritó ella. Lo cogió, se sentó y se lo puso sobre el regazo. Al descargar su cuerpo en la silla, las maderas se quejaron.

Un niño despeinado, con los mocos colgando hasta la boca, se acercó.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Manuela miró al perro y se quedó pensativa. No se le había ocurrido que aquel animal tuviera que tener un nombre. Miró al niño de nuevo:

—¡Y yo qué sé! —Soltó una risotada y se giró para buscar con la mirada a la madre del niño—: Yo estoy aquí por mis hijos —le explicó—. ¡Dios sabe que lo hago por necesidad y no por otra cosa!

La otra se encogió de hombros.

—Es por un tiempo, mujer. No le dé más vueltas —dijo, y se quedó mirándola. Al lado de ella, Manuela parecía una montaña, con el pelo encrespado bajo el sombrero de paja, el corpiño muy apretado y el perpetuo olor a campo flotando a su alrededor.

—Es que yo tengo intención de irme lejos. A América.

La mujer se enderezó.

—¿A América? ¡Jesús! ¿Y qué se le perdió ahí?

Manuela das Fontes se fijó en que la mujer tenía manchas de café en la camisa y pelos en el bigote. También reparó en sus ojos: negros y densos en las profundidades oscuras, como las insondables aguas del mar, y claros y luminosos hacia la superficie, donde parecían azules. Era una mirada vulnerable y de una extraña desnudez. Reconocía esa mirada, porque era la que veía en su propio rostro cada mañana: la de la mujer atravesada por una oscura herida. Manuela desvió la vista. Pensó que nadie la entendía de verdad y que nadie, jamás, sufriría como ella.

Muchas veces le daba por pensar así, sobre todo por las noches, cuando su marido roncaba a su lado y ella no podía dormir; pero también se decía, a modo de consuelo, que no tenía nada que reprocharse porque siempre había

cumplido con sus obligaciones y que eso era lo principal. Miró el reloj de la sala. A esa hora ya solía estar sentada cosiendo, con el niño colgado al pecho. A esa hora ya tenía a los otros arreglados y desayunados, había fregado el piso de rodillas, picado la leña para el horno, avivado el fuego, apartado unas berzas para los conejos, planchado la camisa de su marido, oreado las sábanas, hecho la bechamel para las croquetas. A esa hora, ¡el Señor era testigo!, ya había cosido siete pares de ojos de cristal.

—¡No se puede respirar de tanto calor! —dijo a modo de respuesta. Y dejó escapar un resoplido.

Quedaron las dos mujeres en silencio. El perro le lamió una mejilla, ella le volvió a pegar en los morros y lo depositó en el suelo. En su lugar, tomó la cesta y se la colocó sobre el regazo. Sacó dos o tres huevos duros, una cebolla, un trozo de pan de centeno, un pedazo de tocino y otro de chorizo y lo dispuso todo sobre el banco. Mordió uno de los huevos y un poco de cebolla cruda y empezó a masticar. El perrito estornudó tres veces y ella lo mandó callar.

La otra mujer la miraba. De pronto dijo, como si acabara de despertarse de un sueño:

—Pues dicen que por América los recién nacidos tienen dientes. Que nacen con ellos y que muerden como diablos. Que por eso buscan a mujeres de por aquí.

Manuela suspendió la masticación y dejó el huevo en la cesta. Respiraba con dificultad y unas gotitas de sudor le bajaban por la frente.

—No diga usted barbaridades. ¡Cómo iban a nacer con dientes, oh! Eso no es natural.

—Yo solo digo lo que escuché. Además... —dijo señalando al perro— ese de ahí también tiene dientes.

Después de más de una hora de espera, cuando Manuela empezaba a pensar que reventaría, una enfermera

anunció su nombre. Al ver que tenía intención de entrar con el perrito, le indicó que lo dejara fuera. Manuela se lo encomendó al niño de los mocos y a continuación pasó a la sala de reconocimiento. Mientras se quitaba el sombrero de paja, miró a su alrededor.

Era una estancia luminosa y grande con las paredes recubiertas de azulejos blancos, aunque con aire un tanto rancio, con una camilla, la mesa, la silla del médico y poco más. Olía a lejía. La enfermera le indicó que dejara el sombrero en el perchero y que se sentase sobre la camilla. Fuera, el perrito había empezado a ladrar.

Entró el médico, un tipo calvo y alto, con bata blanca, de rostro inexpresivo. Se dirigió a la camilla y, sin decir nada, le tomó las manos, se las volvió y le inspeccionó las uñas. Luego tomó el otoscopio que le pasó la enfermera y se lo introdujo primero en un oído y a continuación en el otro. Le palpó la garganta, le hizo un gesto para que abriera y miró dentro de la boca con una linterna. Espantado por el aliento a cebolla, se la mandó cerrar. Al otro lado de la puerta, el perrito no dejaba de ladrar.

El médico siguió con la inspección y sin pensarlo dos veces, de manera casi mecánica, le desabrochó el corpiño.

Entonces, entre las apreturas del sostén, se abrió paso con ímpetu, como lava caliente que sale del volcán, la carne aprisionada: dos senos descomunales y palpitantes, de aureolas muy oscuras como ojos que buscan la luz.

Turbado, el médico bajó inmediatamente la mirada. De su pecho nació un gemido que no pudo reprimir.

—Desde ayer noche no he dado el pecho y estoy que me salgo, doctor —se excusó ella al ver el rostro de él—. Es como si me pincharan alfileres por dentro. Tenga usted cuidado, porque, con solo rozar, saldrá la leche como de una fuente.

Ante este comentario, el médico reculó un poco. Sus

ojos se deslizaban ahora por la camilla. Subieron rápidamente por el torso desnudo y brillante, desde el ombligo hasta los pechos, para a continuación dar con el cuello, la barbilla, las mejillas sonrosadas y la nariz. Por fin se detuvieron en el rostro de la chica.

Era un rostro de rasgos suaves e infantiles y, a la vez, envejecido: el rostro de una niña-vieja.

Fuera, el perrito había comenzado a aullar.

—Vístase —ordenó.

Luego, todavía azorado, se dirigió a la enfermera para que tomara nota: «Compleción robusta, bien alimentada, mamas grandes, pezón adecuado.»

—No hay una madre que quiera a sus hijos tanto como yo —dijo Manuela, sin venir a cuento, bien alto, para hacerse oír entre los desesperados aullidos del perro.

Pero el rostro del médico ya había vuelto a su rigidez inicial. Con un gesto de la mano, le indicó que se sentase junto a la mesa.

Él también se sentó y comenzó a leer en alto el título del expediente que la enfermera le había dejado sobre la mesa: «Manuela das Fontes. Costurera y ama de casa. Veintitrés años.» Alzó la mirada y la fijó en ella.

—¿Qué cose usted? ¿Ropa?

Manuela se esponjó un poco.

—No. Ojos.

—¿Ojos?

—De muñeca.

La barbilla del médico tembló un poco. Volvió a fijar la vista en el expediente.

—¿Trae el informe del cura? —preguntó entonces. Manuela rebuscó en la cesta.

—Aquí lo tiene —dijo sacando un papel manchado de grasa de chorizo.

—¿Y la autorización de su marido?

—¿Cómo dice?

Ahora el perrito aullaba tan fuerte que tenían que gritar para escucharse.

—¿No se podría hacer callar a ese perro? —dijo el médico dirigiéndose a la enfermera.

La enfermera fue hasta la puerta. En cuanto la abrió, el perrito dejó de aullar. Entró como una bala, se detuvo derrapando y quedó buscando a un lado y a otro. Al ver a su ama emprendió un trotecillo ligero y se situó a sus pies, ladrando de alegría. Esta, mientras sacaba el otro papel de la cesta, le propinó un puntapié para alejarlo de sus tobillos. El perro emitió un gemido agudo.

—Aquí está la autorización de mi marido —dijo.

—Esta mujer es la que le comentaba que ha pedido irse a ultramar —dijo la enfermera desde algún lugar de la sala.

El médico tomó las autorizaciones, abrió el expediente y empezó a leer para sí. De pronto se detuvo.

—¿Y tiene usted el dinero para el pasaje? —dijo sin levantar la mirada—. La Oficina de Contratación no asume ese gasto. Supongo que lo sabe.

Manuela se removió, aflojándose un poco el corpiño. Dijo que tenía el dinero.

—¿De cuánto tiempo tiene la leche? —preguntó entonces él.

—De siete años —dijo ella.

—Meses querrá decir...

—No, no —dijo ella ahuecándose en el asiento—: años.

El médico se quedó pensativo. Luego volvió a zambullirse en la lectura del expediente. Acto seguido, levantó la cabeza:

—¿Leche de siete años, dice?

—Así mismo, doctor.